

LA FUENTE DE LA SABIDURÍA



Elena Santiago



-Por favor, ¿es éste el camino que lleva a la cabaña del guardián de la fuente?-

-Sí, señora. Tienen que seguir subiendo la montaña.-

Isabela y su esposo Mateo continuaron andando cuesta arriba. Afortunadamente no iban cargados: sus cosas las habían dejado en una pequeña casa de huéspedes que había en el pueblo situado al pie de la montaña.

Habían venido a la India de luna de miel. Apenas hacía una semana que estaban casados, y sólo tres meses que se habían conocido. Pero lo suyo había sido un flechazo que estaba más allá de la lógica. Desde el primer momento en que se vieron, se reconocieron en lo más hondo de su ser. Los dos eran personas de profundas inquietudes, que buscaban la verdad de las cosas.

La tarde anterior, algunos lugareños les habían hablado de una fuente cuya agua se decía que despertaba sabiduría al que la tomase. Sin embargo, pocos habían logrado poder beber de ella, porque pocos eran los verdaderamente interesados, y de éstos, muchos menos habían conseguido el saber que anhelaban. La fuente estaba custodiada por un guardián que vivía al lado, con su esposa, desde hacía muchísimo tiempo. Isabela y Mateo estuvieron conversando de todo esto aquella noche antes de dormir, y decidieron ir a buscar el agua milagrosa.

Después de un rato de caminata, divisaron a lo lejos una pequeña cabaña. Se acercaron hasta ella, y vieron a un hombre que no aparentaba más de 40 años. Éste les saludó muy amigablemente.

-Sed bienvenidos-

-Muchas gracias, amigo- contestó Mateo- ¿Es usted el guardián de la fuente?-

El hombre asintió. Entonces Isabela le explicó que habían oído hablar del agua de la sabiduría y querían tomar de ella. El guardián les preguntó qué era lo que realmente buscaban al beber el agua. Isabela respondió que sólo deseaban despertar el entendimiento y la comprensión de las cosas, y Mateo asintió. Entonces el hombre les señaló dónde estaba la fuente.

-Está detrás de aquella piedra.- contestó el hombre señalando una enorme roca.- Pero recordad esto, cuando bebáis, tened cuidado de que no se os derrame ni una sola gota. Si no lo hacéis así, no obtendréis lo que buscáis.

Isabela y Mateo se miraron muy animados. Por fin iban a comprobar, si las historias de la gente del pueblo eran ciertas o no. Se encaminaron hacia la piedra, luego la rodearon y vieron una pequeña salida de agua, que luego se metía debajo de la roca. Se sentaron junto a ella y frente al agua. Entonces sacaron un pequeño cuenco, lo sumergieron en el agua y lo llenaron. Se miraron algo nerviosos y luego bebieron...

El agua estaba fresca y sintieron que les reanimaba del cansancio de la caminata, pero aparte de eso, no sintieron nada más de especial. Los dos se preguntaron mutuamente si notaban algo, pero ambos lo negaron. Finalmente se conformaron diciéndose que “al menos la excursión había sido bonita”.

Se dispusieron a hacer el camino de vuelta, y al llegar a la cabaña, el guardián los invitó a tomar algo de comida y a reposar un poco. Ellos aceptaron muy agradecidos. Entonces salió una mujer de unos 35 años. Era la guardiana. Con gran amabilidad, los anfitriones sirvieron algunos alimentos a la joven pareja pues, al parecer, ellos ya habían comido. Mientras tanto se enfrascaron en una interesante conversación, acerca de las diferencias entre las culturas de oriente y occidente, de las distintas filosofías de vida, y de los valores de la misma.

-Desde luego, -comentó Isabela- lo que está claro, es que muchísimos problemas que hay, tanto en oriente como en occidente, tienen como base, la mala administración de los hombres. Si las mujeres gobernásemos en el mundo, seguramente que no habría ni guerras ni hambre. Los hombres sólo piensan en tener cada vez más y más, y resulta que lo que les falta es corazón.-

-No digas eso, Isabela- protestó Mateo- Primero habría que ver si eso es cierto. Según tú, los hombres siempre tienen la culpa de todo lo malo.-

-De casi todo. De todas maneras, nunca sabremos si llevo razón, porque siempre vais a gobernar vosotros...-

El guardián y su mujer los miraban serios sin decir nada. Por fin, terminaron de comer y como les entró un poco de sueño, sus anfitriones los condujeron a un lugar para descansar un poco antes de emprender el viaje de vuelta.

Durmieron apenas unos minutos. Luego se levantaron y dando las gracias al guardián y a su esposa se despidieron y volvieron al pueblo. Mateo bajaba de bastante mal humor, y casi no emitió palabra.

En el pueblo permanecieron un día más y luego regresaron a España. El viaje había sido muy interesante, pero desde que estuvieron en la montaña, se le cambió el humor a Mateo. Empezó a hablar a Isabela con cierta dureza. Ella no sabía qué era lo que le ocurría. Enseguida, él empezó a trabajar, mientras que Isabela continuó con sus estudios, pues ya sólo le quedaba un año para terminar la carrera. Además, la joven se hizo cargo de todas las labores del hogar. Poco tiempo después, ella se dio cuenta de que estaba embarazada. Después del sexto mes, se vio saturada de trabajo y tuvo que dejar momentáneamente, (o al menos eso pensó ella) sus estudios. Mientras tanto, Mateo se dedicaba a trabajar y a salir con sus amigos. Volvía tarde a casa y, la mayor parte de las veces, de mal humor.

Por fin nació un niño. Isabela estaba encantada con su hijo, y Mateo también. Sin embargo esto no unió más a la pareja. Él regresaba siempre tarde. A veces invitaba a sus amigos a la casa. Entonces Isabela tenía que cocinar para todos ellos, y luego se quedaba aparte con el niño, porque su marido no quería que participase en sus conversaciones. Así que ella sólo podía esperar a que se fueran todos para limpiar, mientras él se echaba tranquilamente a dormir. Poco después volvió a quedarse embarazada. Sin embargo, él apenas era cariñoso con ella. Siempre le estaba regañando por alguna razón: "La comida no estaba en su punto, o la camisa que necesitaba no estaba planchada, o si algo no estaba hecho era porque estaba todo el día chismorreando con la vecina". Mateo no parecía darse cuenta del cansancio y de la tristeza que estaba envolviendo a su esposa. Cuando iban por la calle, a veces él se quedaba mirando a alguna muchacha que había pasado por su lado, sin importarle si podía herir a su mujer o no. Tuvieron su segundo hijo, y luego un tercero. Isabela trabajaba sin descanso, pero él le exigía más. Mateo ascendió en su trabajo y se compraron una casa más grande y con más lujo. Luego él se aficionó a la caza y se iba muchos fines de semana sólo. Ella apenas tenía tiempo para sí misma. A veces, se ponía un rato a leer, pero su esposo siempre terminaba regañándola, diciéndole:

-¿Es que no tienes nada mejor que hacer?... ¿Tienes todas mis camisas planchadas?... Anda, hazme unas natillas, que ya sabes que me gustan mucho...-

Ella se fue acostumbrando a una forma de vivir, en la que tenía asumido que Mateo estaba muy por encima de ella. Por supuesto, ella no era feliz, pero no podía hacer nada. Ya no sabía si quería a Mateo, o simplemente estaba con él porque le daba una cierta seguridad económica, y por sus hijos. También desconocía si Mateo seguía sintiendo algo por ella, o simplemente la tenía ahí como una posesión más y eso era todo.

Un día, Isabela se acostó más cansada de lo habitual. Había sido una jornada muy dura. Al mirar a su esposo cuando iba a meterse en la cama, ella se quedó algo reflexiva y él se dio cuenta.

-¿Qué te pasa ahora?- preguntó él con fastidio- ¡Siempre con esa cara!...-

-Mateo, ¿tú me quieres?-

-¿A qué viene eso ahora? No me vengas con "romantiqueos" de niñitas, ahora. ¿Es que no me mato a trabajar para darte lo mejor? ¡Todas las mujeres os quejáis de lo mismo, siempre queriendo que nosotros estemos a vuestros pies! Lo que tienes que hacer es dormirte ya, que luego te pasas todo el día diciendo que estás cansada.-

Isabela sintió que le clavaban un puñal en el corazón, y dijo con tristeza:

-Mateo, tú ya no me quieres-

En ese momento..., se despertó. Entonces se dio cuenta de que estaba en la cabaña del guardián de la fuente de la sabiduría. Todo lo que había vivido, sólo había sido un sueño. Ella se incorporó asombrada, y vio a su lado a Mateo que, justo en ese momento, abría los ojos. Él le sonrió, pero ella estaba demasiado impresionada por el sueño que había tenido, y le devolvió la sonrisa sólo a medias.

Luego se levantaron, dieron las gracias al guardián y a su amable esposa, y se bajaron en dirección al pueblo. Isabela seguía muy impresionada por el sueño y apenas habló durante el camino. Se quedaron un día más en el pueblo y luego volvieron a España. Mateo empezó a trabajar y ella continuó el último año de carrera.

La joven dedujo que aquel sueño tan real había sido una especie de premonición. Así que decidió que no iba a permitir que le ocurriera. Entonces, le dijo a Mateo que ella no podía llevar la casa y sus estudios, así que, o pagaban a alguien para que hiciera las labores del hogar, o tendría que hacerlo él. Al principio, contrataron a una persona por horas, pero era evidente que había muchas otras cosas que hacer diariamente. Ella se desentendió por completo, y Mateo, viendo la necesidad, se encargó de hacerlo todo. Luego, ella se quedó embarazada, y poco antes de dar a luz, terminó la universidad. Tres meses después de nacerles un niño precioso, ella se puso a trabajar. Como no había plaza en ninguna guardería para el bebé, empezaron por pagar a una niñera. Cuando Mateo llegaba a casa, tenía que ponerse a hacer todas las tareas del hogar. Isabela, sin embargo decía que estaba demasiado cansada, así que se tumbaba en el sofá a ver la tele. Si el bebé lloraba por las noches, ella le decía a Mateo que se levantara para ver que le ocurría. Poco a poco, él empezó a verse saturado de trabajo, y cuando quiso comentarlo con Isabela, ésta le dijo que con ella no podía contar, porque su trabajo la fatigaba demasiado y que si él quería dejar de trabajar, podía hacerlo. De esa manera él podía hacerse cargo de los niños y de la casa, y se ahorrarían la niñera. Mateo aguantó un poco en la misma situación, pero poco después, Isabela volvió a quedarse embarazada, y cuando nació el niño, Mateo vio que no podía continuar así y dejó el trabajo. Isabela empezó a salir con sus amigas, y a volver tarde en la noche. También las invitaba a su casa, y ellas se reían de Mateo, y le decían a Isabela que la admiraban por ser ella quien llevaba la voz cantante en su casa.

Más tarde tuvieron su tercer hijo. Ella sólo dejó de trabajar otros tres meses, y en realidad se encargaba de lo más indispensable del bebé. Cuando reanudó sus jornadas laborales, todo continuó de manera parecida. Su carácter se había convertido en algo dual. Con su marido era despectiva, exigente y agria. Con sus hijos era bastante despegada. Con sus amigas era amable y alegre.

Mateo se daba cuenta de ello, y el tiempo y el desprecio de su esposa habían logrado convencerle de que él prácticamente no era nadie. No eran las labores del hogar, o el cuidado de los niños lo que realmente le estaba apagando. Se trataba del menosprecio de su mujer, que, más que como a un compañero de su vida, lo trataba como a un criado sin sueldo, al que ni siquiera se le aprecia, al que simplemente se le soporta.

Isabela empezó a hacer excursiones de fin de semana con algunas compañeras de trabajo, mientras Mateo se quedaba cuidando de los niños. Un domingo, después de que ella volviera de la playa, él le dijo que quería que hablaran. Su mujer le contestó que estaba demasiado cansada, y que al día siguiente lo harían. Sin embargo, mientras ella se metía en la cama, su marido volvió a insistir.

-Por favor, Isabela. Esto no puede seguir así. ¿Qué nos ha pasado? Cuando te conocí, nunca pensé que podríamos llegar a tener esta vida.-

-¿Qué pasa?- refunfuñó ella- ¿Te da rabia que haya ido a la playa y que tú no hayas podido venir? Sabes muy bien que necesito salir. Yo no soy como tú, que te gusta quedarte en casa. Yo necesito salir y sentirme libre... Además alguien tenía que quedarse con los niños, y obviamente no iba a ser yo... Bueno, y ahora déjame, que estoy muy cansada y no tengo ganas de escuchar rabieta.-

Dicho esto, ella se dio media vuelta, y oyó a Mateo decir con tristeza:

-Isabela, tú ya no me quieres-

Ella sintió un vuelco en el corazón, y en ese momento... despertó. Abrió los ojos y volvió a verse en la cabaña del guardián de la fuente de la sabiduría. De nuevo, se había tratado de un sueño. A su lado estaba Mateo que acababa de abrir los ojos y la estaba mirando algo extrañado.

-Mateo, he tenido una pesadilla.- dijo ella todavía impresionada.

-Yo también- contestó él, en el mismo tono.

Los dos se levantaron y salieron de la cabaña. Afuera estaba el guardián, esperándolos sonriente.

-¿Ya habéis descansado? Sólo habéis dormido un par de minutos.-

-¡Tan poco!- exclamó Isabela- A mí me han parecido años. Además he tenido unos sueños bastante desagradables.-

-Tú también, ¿verdad?- dijo el guardián sonriente, mirando a Mateo.

Éste, sorprendido, asintió con la cabeza.

-Era preciso que comprendierais- empezó a explicar el guardián- como se siente una mujer cuando un hombre la rebaja, y al contrario. Aquellos o aquellas que piensan que el hombre o la mujer es superior, o que haría las cosas mejor, están equivocados. El hombre y la mujer son iguales. De acuerdo que sus cuerpos son diferentes, pero un hombre no es su cuerpo, y una mujer tampoco. Los dos son personas, que piensan, sienten, aman... En el fondo son dos almas. Los dos tienen virtudes y defectos. Los dos pueden hacer el bien o el mal, pueden hacer felices a sus semejantes o entristecerlos. Para llegar a considerar al otro como un igual, hay que aprender a amarlo. Si os dais cuenta, en vuestros sueños, lo que ha faltado ha sido el amor. Cuando un hombre quiere a su mujer, no la rebaja, la trata como su igual. Cuando una mujer quiere a su marido, lo trata como a su igual, no lo rebaja. Los dos son compañeros en la vida. Pero esto no sólo es un aprendizaje para las parejas. Esta comprensión se extiende a todo nuestro alrededor. Ningún hombre puede sentirse superior a ninguna mujer, ni tampoco a ningún otro hombre. Y en el caso de la mujer, es lo mismo. Nadie es superior a nadie, ni por cuestiones de sexo, raza, posición económica, belleza, inteligencia, fuerza, o por lo que sea. Si todas las personas hicieran un esfuerzo por comprender a los otros, y ponerse en su punto de vista, seguro que el mundo sería muy distinto.-

Isabela y Mateo asintieron convencidos, a lo que acababan de escuchar. Pero en ese preciso instante... Isabela se despertó. Cuando abrió los ojos, vio que estaba sentada junto a la fuente de la sabiduría. Todavía sostenía el cuenco en la mano. Frente a ella, estaba Mateo que la miraba, como atónito. Isabela comprendió, que se había quedado dormida en el mismo instante en que bebió el agua. Todo lo demás había sido un sueño revelador.

Estaba tan impresionada que se lo contó a Mateo. ¡Cuál no sería su sorpresa, cuando Mateo le contó que había tenido el mismo sueño! Pero a diferencia de Isabela, los dos primeros sueños, los había tenido en orden inverso, y en el tercer sueño, no fue el guardián, sino su esposa la que les habló.

Los dos estaban muy asombrados, y tuvieron que admitir, que quizás después de todo, aquella agua sí tenía ciertos poderes mágicos.

Luego decidieron volver. Al pasar por la cabaña, no vieron a nadie por los alrededores, así que siguieron su camino hasta el pueblo, al que llegaron al caer la tarde. No habían comido nada desde la hora del desayuno, pero no tenían hambre. De hecho, se sentían saciados por lo ocurrido durante el día. Permanecieron un día más en el pueblo, disfrutando de cada experiencia.

Luego volvieron a España, y entonces comenzaron una nueva etapa, en la que lucharon para que triunfara el amor, la comprensión y... la igualdad.

FIN



Reconocimiento – No Comercial – Sin Obra Derivada (by-nc-nd):

No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/deed.es>

Más obras de la autora en: <http://www.elenasantiago.info>